

PILAR CERNUDA VOLVERÉ A BUSCARTE

Una saga gallega, un homenaje a los que
no se conformaron y cruzaron el mar
para atrapar un sueño



Pilar Cernuda

VOLVERÉ A BUSCARTE

A Julia.

Cando nas súas confianza estas pobres mártires se atreven a decirnos os seus secretos, a chorar os seus amores, sempre vivos; a doerse das súas penas, descóbrense nelas tal delicadeza de sentimentos, tan grandes tesouros de ternura (que a inteireza do seu carácter n' é bastante a mermar), unha abnegación tan grande, que sin querer sentímonos inferiores a aquelas oscuras e valerosas heroínas que viven e morren levando a cabo feitos maravillosos por sempre ñorados, pero cheos de milagres de amor e de abismos de perdón. Historias dinas de ser contadas por mellores poetas do que eu son, e cuias santas armonías deberan ser expresadas cunha soia nota e nunha soia corda: na corda do subprime e na nota do delor. Anque sin forzas pra tanto, tentéi algo deso, sobre todo no libro As viudas dos vivos e as viudas dos mortos; mais eu mesma conoso que non acertéi a decir as cousas que era menester.

«Cuando en su confianza estas pobres mártires se atreven a decirnos sus secretos, a llorar a sus amores, siempre vivos; a dolerse de sus penas, se descubre en ellas tal delicadeza de sentimientos, tan grandes tesoros de ternura (que la entereza de su carácter no es suficiente para mermar), una abnegación tan grande, que sin querer nos sentimos inferiores a esas oscuras y valerosas heroínas que viven y mueren llevando a cabo hechos maravillosos siempre ignorados, pero llenos de milagros de amor y de abismos de perdón. Historias dignas de ser contadas por mejores poetas de lo que yo soy, y cuyas armonías deberían ser expresadas con una sola nota y una sola cuerda: la cuerda de lo

sublime y la nota del dolor. Aunque sin fuerzas para tanto, intenté algo de eso, sobre todo en el libro *Las viudas de los vivos y las viudas de los muertos*; pero yo misma reconozco que no acerté a decir las cosas que era menester».

ROSALÍA DE CASTRO

El desconocido. (Nieves)

–¿Eres o meu pai?

La chiquilla, de unos cinco, miró a aquel desconocido con los ojos muy abiertos y la esperanza escrita en la mirada.

No, no era su padre. Tampoco en esta ocasión su cara recién lavada reflejó la menor decepción. Nieves se había acostumbrado a la ausencia, pero no desistía de hacer la misma pregunta a cualquier hombre que se acercara a su casa. Estaba convencida de que en cualquier momento sería su padre quien llamaría a la puerta. Soñaba con que la miraría atentamente tratando de buscar rasgos que le pudieran traer recuerdos de años pasados y, después, la estrecharía muy fuerte con lágrimas de emoción.

Era Nieves una cría alegre, aparentemente despreocupada por no tener a su padre en casa. Pero esa alegría no impedía que muchas noches recreara en su imaginación una escena que estaba segura de que más pronto o más tarde se iba a producir.

Se había ido a América cuando Nieves levantaba dos palmos del suelo, pero no pasaba día en el que no cogiera la fotografía que tenía su madre sobre la mesilla de noche y la mirara atentamente. A veces incluso se la llevaba a los labios. Era una costumbre, como el preguntar a los desconocidos. La curiosidad por saber cómo sería ahora, dónde estaba y qué hacía era más fuerte que la necesidad de verle. No le echaba de menos, porque no podía echar de menos a quien apenas recordaba.

No ocurría lo mismo con su amiga Virtudes, mayor que ella, que vivía un poco más arriba, cerca de la iglesia, y que le contaba historias de su padre, también emigrante en América. Se había ido cuando Virtudes tenía tres o cuatro años y le explicaba a Nieves que su padre la sentaba en sus rodillas cuando llegaba a casa por la noche y la apretaba sin hablar mientras su madre trasteaba por la cocina, esperando los dos que preparase la cena. O la llevaba de paseo los domingos, bien cogida de la mano, y la acomodaba sobre el mostrador de la taberna mientras conversaba con los paisanos.

Nieves, muy madura para su edad, dejaba hablar a su amiga, pero sabía que Virtudes inventaba aquellas historias, que no tenían nada que ver con la realidad. Su madre, Lola, le había explicado que el padre de Virtudes era un hombre tosco, poco hablador, como tantos hombres de la aldea; pero su amargura le había convertido en un personaje solitario, incluso agresivo cuando alguien intentaba darle conversación. Desapareció de la noche a la mañana. Se levantó un día, justo cuando acababa de cambiar el siglo, y anunció que se iba a La Coruña a coger el barco, sin haber dicho antes a nadie que estaba arreglando los papeles para irse a Cuba. Un tío suyo que se había ido años atrás le mandó el billete y la carta de invitación que exigían las autoridades para abandonar el país y pasar la aduana al llegar a La Habana. Desde aquel día nadie supo nada más de él.

Nieves dejaba que Virtudes le contara sobre su padre, jamás le dio a entender que sabía la verdad. Su amiga le presentaba aquella imagen idílica de un hombre atento que se había marchado con el propósito de que Virtudes tuviera una vida sin carencias, la que no podía darle si se quedaba en el Salnés, el valle al que pertenecían Ventos, Vilagarcía, Cambados o Caldas de Reyes.

Un valle verde, donde serpenteaba el río Umia, de pequeñas cascadas y recodos, al que acudían los jóvenes de las aldeas a calmar el calor del verano. Vegas de prados y viñas, de árboles frutales, de camelias, hortensias, lirios y calas blancas saliendo de las verjas y vallas y dando color a los caminos; carros de vacas cargaban hierba, toxo y maíz en difícil equilibrio cuando esos caminos se hacían angostos. Próxima, la ría de Arousa, con su isla en el centro, y algo más allá la de Cortegada. Valle de montes ondulados y casas humildes de granito donde convivían bajo el mismo techo hombres y animales, la mejor manera de aguantar el frío durante los inviernos húmedos.

Tierra también, como todas las gallegas, de ritos y de meigas, de historias rumoreadas, de mozos que buscaban mozas casaderas. En los cruces de caminos de los lugares más umbríos, entre eucaliptus y pinos, era fácil encontrar piedras cuidadosamente colocadas durante la noche para espantar a la Santa Compañía, la procesión de ánimas en pena que, aprovechando la negrura, visitaban las viviendas y recorrían las parroquias en las que sus campanas tocarían a muerto. Las piedras, amontonadas según la tradición contada de padres a hijos, alejaban la procesión de muertos.

En el Salnés no existía aldea sin leyenda. En cada una de ellas siempre se mencionaba a algún paisano con mala suerte que encontró las ánimas en una noche sin estrellas.

En Ventos vivían las familias de Nieves y Virtudes, que como muchas otras se encontraban en permanente espera del regreso de quienes emigraron. Un hermoso valle, pero también un valle de lágrimas para unos habitantes que vivían atrapados por la pobreza. No había una sola familia en la que no hubiera un hijo, un padre o un hermano en algún lugar de América. Lo mismo ocurría en casa de Nieves, en casa de los Padín.

Nieves miró al desconocido con curiosidad, casi examinándolo. Pocas veces había visto a un hombre como aquel. Bien afeitado, no tenía blanca la parte de la frente próxima al pelo como los hombres de por allí, que pasaban horas en el campo y en el monte con la boina bien calada para protegerse de la lluvia, del frío y del sol.

Debía de ser alguien que trabajaba en el tren de Carril, un pueblo de pescadores frente a Cortegada, que aprovechaban la marea baja para ir andando hasta la isla a coger leña. La niña no conocía más hombres, fuera de Ventos, que el médico de Vilagarcía y los obreros que mantenían en condiciones la vía del tren de Carril a Santiago. Nieves no había viajado nunca en ese tren, pero Lola, su madre, le decía que cuando fuera mayor irían a Santiago; había visto en un libro la fotografía de una gran iglesia que había allí.

Nieves se preguntaba dónde estaría aquel libro, pues en su casa no había ninguno porque nadie sabía leer, pero Lola siempre andaba prometiéndole cosas:

—Algún día iremos a Vigo o a La Coruña a buscar a tu padre, que vendrá de América.

Y Nieves imaginaba ese viaje como algo emocionante y cercano.

* * *

—*¿Eres o meu pai?*

No, aquel hombre no era su padre.

La chiquilla nunca había escuchado una queja de su madre por la ausencia del marido, pero a veces la notaba inquieta. Un día oyó que le decía a su abuela que lo peor era no saber siquiera si vivía, y la niña comprendió que se refería a su padre, a Manuel. En cambio, no comprendía qué significaba aquello que decía Lola de que se sentía «viuda de vivo». Nieves ni siquiera sabía qué era una viuda. Era consciente de que su madre estaba sola y que sola las ha-

bía criado a ella, a su hermana Dolores y a su hermano Manuel, que se llamaba como el padre ausente. Manuel sentía debilidad por Nieves, la pequeña de los tres, y ella creció siguiéndole siempre los pasos, como un perrito faldero.

Lola hablaba de su marido como si estuviera allí, en Ventos, con ellos en casa, a pesar de que hacía casi cuatro años que se había ido y no tenían noticia de él. Tampoco enviaba dinero, y eso que había bancos que se ocupaban de mandar las remesas de emigrantes; también podía hacer como otros, desconfiados de entregar dinero en una oficina en la que no conocían a nadie, que recurrían a alguien de la región que regresara a España. Pero últimamente no había vuelto nadie. No regresaban sin haber cumplido el objetivo que les llevó a emigrar: hacer fortuna para mantener a la familia, construir una casa propia, dar otra vida a sus hijos y nietos. Mejor morir en cualquier lugar de América antes que volver sin dinero.

El forastero se quedó en la calle mirando a la cría. No aparentaba ningún miedo ante el extraño. Al contrario, sonreía. Llevaba un vestido que le quedaba grande, de un color indefinido, grisáceo, y una chaqueta de punto hecha a mano. La única nota de color eran sus ojos, azules, igual que el lazo que recogía su cabello, rubio y rizado, peinado muy tirante con ayuda de una buena dosis de agua. Con una mano sostenía la parte superior de la puerta de madera que había abierto, y con la otra un trozo de pan de maíz que mordisqueaba mientras repetía la pregunta.

Antes de responder, el hombre vio a una mujer que se acercaba desde el interior de la vivienda donde se adivinaba la cocina y, al fondo del todo, el corral. Una mujer delgada, rubia, con cara agradable, que se parecía tanto a la niña que era fácil deducir que se trataba de su madre. Se secaba las manos mojadas en un delantal, estaba preparando la comida. «Perdone, se lo pregunta a todos», comentó Lola,

sin dar más explicaciones. Se quedó parada, sin abrir la parte inferior de la puerta, sin intención de hacer pasar a aquel hombre con traje y corbata al que no conocía.

Hacía meses que no veía a nadie tan bien vestido, los hombres que quedaban en la aldea no usaban corbata siquiera para acudir a la iglesia. Pocos eran los que iban, y cuando lo hacían se quedaban fuera. Y eso que el cura les repetía una y otra vez que se condenarían si no cumplían con sus obligaciones y daban gracias a Dios. Ellos tenían pocos motivos para sentirse agradecidos.

—¿Lola? —Y antes de escuchar la respuesta, el desconocido añadió—: Traigo noticias de Manuel, de su marido.

La despedida. (Maruxa)

Salió de aquel edificio, al que se juró no volver nunca más si no era para recibir a Antonio. Con el corazón en un puño se sentía la mujer más desgraciada sobre la Tierra. Su marido era nieto de Lola y Manuel, de aquel Manuel que había emigrado cincuenta años antes y que jamás había regresado.

Maruxa no había conocido al abuelo de Antonio, pero su historia la tenía muy presente ahora que Antonio se había marchado. ¿Lo vería de nuevo algún día, volvería a casa? No quería ser otra mujer casada con un Padín que había perdido definitivamente al marido en algún lugar de América.

Las circunstancias habían cambiado mucho desde que Manuel emigró dejando atrás a Lola y a sus tres hijos. Pero nada podía tranquilizar a Maruxa; no encontraba motivos de consuelo, ni siquiera las palabras generosas de quienes la querían bien y le explicaban que la vida de los emigrantes ya no era como antes, cuando las comunicaciones eran imposibles y podían pasar años antes de que llegaran las primeras noticias del que se había ido. Si llegaban. ¿Volvería Antonio? Era la pregunta que la obsesionaba desde hacía meses, la misma que se volvía a hacer en ese momento en el que trataba de retener la última imagen de su marido antes de que se perdiera entre el tumulto que accedía al barco.

Subió calles en cuesta, desorientada, alejándose del mar, sin recordar exactamente dónde estaba la estación del au-

tobús Castromil a la que habían llegado el día anterior. Había cruzado una alameda, y tenía idea de que la estación estaba por el centro de una ciudad que parecía llena de vida, pero que para ella significaba una especie de muerte, una pérdida imposible de superar. La ausencia de Antonio era ya desgarradora.

Maruxa no se había quedado en el andén del puerto para ver cómo cruzaba Antonio la pasarela, y siguió después al barco con la mirada mientras se alejaba y dejaba atrás la ría de Vigo buscando el Atlántico; no podía soportarlo. Se preguntaba una y mil veces en qué condiciones haría la travesía, quería olvidar el maldito nombre del maldito trasatlántico al que había visto subir familias felices con la perspectiva de pasar dos semanas de viaje de placer.

Eran los privilegiados, los hombres, mujeres y niños que disfrutarían de camarotes perfectamente acondicionados, cine y piscina, comidas saludables y fiestas con orquesta que entonarían las canciones de moda que, probablemente, Antonio escucharía desde su cuchitril. Maruxa pensaba que aquellas familias quizá desconocían que en las entrañas de su buque viajaban docenas de emigrantes a los que la vida había golpeado tan duro que no veían más salida que cruzar el océano para buscar la suerte en cualquier punto del continente americano. Los años cincuenta eran desoladores para España entera, en lo político y lo económico, y Galicia no era una excepción.

Mientras caminaba, la gente con la que se cruzaba le clavaba la mirada. Su cara estaba anegada por las lágrimas, le era imposible contener su dolor. Se consideraba una mujer a prueba de sufrimientos, se había encontrado ante infinidad de problemas que pudo superar con empeño y luchando con todas sus fuerzas. Pero la partida de Antonio hacia no se sabía muy bien dónde para hacer qué, era más de lo que Maruxa podía soportar. Porque aquel viaje de su mari-

do no tenía fijada fecha de vuelta. Ni siquiera era seguro que pudiera volver.

Su hija Maruxiña crecería sin conocer a su padre, y su hijo Antón podría recordar su cara durante un tiempo, pero se iría borrando sin remedio. Con menos de tres años era fácil olvidar un rostro, una voz, los brazos que le sostenían en sus rodillas muy de tarde en tarde, porque Antonio no era expresivo con sus cariños.

La adelantó un tranvía que parecía renquear en las vías, como si le faltaran bríos para continuar cuesta arriba. Maruxa preguntó a una joven parada ante un escaparate de ropa infantil cómo llegar a la estación de autobuses. Estaba cerca, detrás de la iglesia. Fue fácil encontrarla. Una vez en el Castromil se acomodó en la parte trasera rezando para no marearse; le esperaban centenares de curvas y su cuerpo no estaba para soportar más fatigas.

La noche anterior había sido una pesadilla. En aquel cuarto de la pensión, pequeño y limpio, Antonio y Maruxa no pegaron ojo, los dos temían que quizá sería la última vez que estarían juntos. Se abrazaron con timidez, sin pasión. Ni siquiera esbozaron los gestos y los besos que preceden al sexo, pensó Maruxa; la angustia les inhibió de tal manera que, aunque compartían cama, se portaron como dos extraños. Los dos sentían el miedo en las entrañas y en la piel, aunque fueron incapaces de confesarle al otro sus temores.

Lo peor fue la espera en la estación marítima, contemplando aquel buque elegante, gris claro con la chimenea pintada de rojo, en el que terminaría embarcando Antonio. Pasaron horas allí, aturridos por el ruido de los motores y el bullicio de la multitud. Antonio y Maruxa apenas cruzaron dos frases, como si ya se lo hubieran dicho todo. Fue Maruxa quien finalmente rompió aquel silencio difícil, de una emoción contenida:

—¿Llevas todo, no olvidas nada?

Antonio se tocó el bulto bajo la chaqueta, con gesto confiado. No faltaba nada. Había tardado meses en conseguir los documentos que le abrirían las puertas de Argentina: el pasaporte, el certificado de penales que acreditaba su buena conducta, el certificado de haber hecho la mili, certificado de vacunación y, por supuesto, el billete.

Antonio fue muchas veces a Caldas y Vilagarcía para tener todo en regla. «Voy por papeles», dijo en multitud de ocasiones al salir de casa. Costó tanto conseguirlos que a veces se iba al amanecer y llegaba después de cenar. Maruxa incluso llegó a pensar mal. ¿Habría por ahí alguna mujer con la que se veía a escondidas? ¿Andaría en algún negocio extraño con el que ganarse unos cuartos para el viaje o para dejar algo más de dinero para ella y los niños?

En Vilagarcía había gente dedicada al estraperlo de gasoil; y algunos que habían estado metidos, cuando la guerra mundial, en lo de las minas de wolframio que se mandaba a Alemania, hacían ahora negocios de contrabando.

Maruxa, hija de una maestra de Cuntis, sabía leer y escribir, tenía una buena formación. Creció en una casa en la que, además de trabajar en la escuela y en el campo, su madre se ocupaba de que su única hija supiera algo más que las cuatro reglas, que por otra parte pocos conocían. «El saber no ocupa lugar», decía la maestra, que murió demasiado joven y dejó a su hija con ganas de aprender más. De pequeña soñaba con ser maestra también, o secretaria.

Antonio la llevaba alguna vez a la taberna, aunque como era la única mujer, los hombres la miraban con recelo. Pero se acostumbraron a su presencia, poco frecuente por otra parte, entre otras razones porque Maruxa sabía que a su suegra no le gustaba. Seguro que le iban con cuentos, y eso que jamás se le pasó por la cabeza salir sola, ni a la taberna ni a ningún sitio. Si iba era porque Antonio la animaba. Y ella se sentía bien, acompañándole colgada de su